

AVATARES DE LA NUEVA MASCULINIDAD

Nelson Zicavo Martínez.

Director del Magister en Familia. Universidad del Bio Bio. Chile.

Resumen

Desde muy pequeños, incluso desde antes de nacer, las personas, hemos sido educados en roles de masculinidad o feminidad propios a nuestra época histórica que responden a cuotas de poder con alternancias evidentes. Somos -sin duda- hijos de la herencia cultural de nuestros tiempos donde la desigualdad y la lucha por el poder también son herencia social que se asume pero jamás se ignora. Cada nueva década se intenta mayor justicia en la búsqueda de equilibrios más centrados en lo humano, verdaderamente equitativos, donde se mantengan activas las diferencias entre sexos y se refuerzen creativamente sus semejanzas para alcanzar familias más maduras, sociedades más sanas y solidarias, respetuosas de los derechos humanos de todos y cada uno de sus integrantes, donde ambos géneros sean valiosos y jamás prime el poder de uno sobre la debilidad del otro.

Palabras clave: masculinidad, género, poder.

Abstract

From an early age, even before birth, people have been educated in roles of masculinity or femininity to our own historical epoch corresponding to shares power with obvious alternations. We are, no doubt, children of the cultural heritage of our times where inequality and the struggle for power are also social inheritance is assumed but never ignored. Each new decade attempting greater justice in the search for balance more focused on the human, truly fair, where they remain active sex differences and their similarities are reinforced creatively to achieve more mature families, healthy societies and fraternal, respectful of human rights of each and every one of its members, where both genders are valuable and ever prime power of one over the other's weakness.

Key words: masculinity, gender, power.

Contaba mi Madre que siempre deseó que su primer parto fuera de una hermosa niña (tal vez por razones de gusto y preferencia femenina). Seguramente por esto su primer ajuar maternal, fina y tiernamente preparado, fue constituido de hermosas prendas rosadas, en una época en que las ecografías no soñaban siquiera existir. Pero nació yo. Mi padre la consoló tiernamente (tal vez con alguna sonrisa escondida) mientras ella lloraba -solo al inicio- mi nacimiento varón, y años después el de mis siguientes cuatro hermanos también varones... claro que solo yo debí vestir de rosado los primeros meses de mi vida... Siempre me pregunté por qué se nos asignaba el color celeste, de dónde había salido esto de vestir a los "nenes" de azul. Lo cierto es que hasta el día de hoy es uno de mis colores predilectos y no dejo de reconocer que lo asignado sociocultural en mí ha encontrado una réplica fantástica.

No creo que mi amada madre haya siquiera sospechado que le estaba haciendo favores impensados a posturas patriarcales antojadizas y retrógradas. Lo que sucede es que solemos responder a una época socio-histórica concreta de la que no podemos retrotraernos totalmente al antojo de cada cual. Desde muy pequeño, incluso desde antes de nacer, los hombres hemos sido educados en una masculinidad propia de nuestra época histórica

La sociedad asigna, deposita, en el individuo a lo largo de su devenir histórico, un conjunto de representaciones simbólicas, que son compartidas con cierta homogeneidad por las personas de una misma cultura, de un mismo *ecro sociohistórico* (Pichón-Riviere, 1985). Tal vez en honestos y buenos intentos logramos distancias considerables del imaginario colectivo. Pero cuando menos lo esperamos, volvemos a caer en las manos de esas

depositaciones culturales que se han “naturalizado” en el decurso social. Es así que nos educaron como hombres con una cultura paternalista, proveedora y machista en la que el género masculino ejerce el poder indiscutido (aunque ya mi Madre cuestionaba tal jerarquía, mientras mi padre callaba y sonreía tímidamente con tales deliberaciones).

Debemos reflexionar que a menudo, quienes nos enseñan a ser varones no son solo otros hombres, sino también, las mujeres..., tan dignas y esforzadas como mi propia y querida madre. Con ella que conversé mucho sobre estos temas mientras vivía. Reconocía que había sido enseñada con un modelo patriarcal a través de un *currículum oculto* de lo que significa el deber ser del género femenino. Se genera entonces una suerte de círculo de reiteraciones y depositaciones que vienen de hombres o de mujeres, pero que van a parar al mismo lugar. Ciertamente también que este “círculo” de alguna manera entrapa distanciamientos reconstructivos de roles sociales, que a su vez son expresión de la cultura, de las prácticas culturales y significados del deber ser. Esto es observable fácilmente. Pero la pregunta que surge inmediatamente es ¿cómo podemos romper ese círculo culposo y tramposo?. Su respuesta necesita de una profunda reflexión desprejuiciada y capaz de superar no solo las barreras sociohistóricas, sino también, y quién sabe si sobre todo, las personales.

La reflexión incluye sin duda al *currículum oculto*. Pero también y de modo particular al explícito cotidiano con sus imágenes establecidas “naturalmente”. En él se sobrentiende a las mujeres como dueñas de lo maternal y lo doméstico (lo cual es propiedad legal de muy poco por decir de casi nada). Mientras, el hombre sigue administrando los bienes de las mujeres que “no trabajan”. Lo individual y lo social jugando el mismo juego. Es interesante (por no decir desgarrador) observar como después de una ruptura matrimonial, las juezas persiguen a los esquivos progenitores por pensiones, a la vez que se les entrega a las mujeres la tutela “natural” de sus hijos que antes eran de ambos. La ruptura de la pareja inexplicablemente borra de un zarpazo la tutela y paternidad cotidiana del progenitor... Ambos currículum deben ser abordados desde lo

individual, lo social y lo legal si es que intentamos un verdadero desarrollo social con equidad.

E. Fromm (1985) identificaba el carácter masculino con las cualidades de penetración, conducción, actividad, disciplina y aventura. De otra parte dibuja el carácter femenino asociado a cualidades de receptividad productiva, protección, realismo, resistencia, maternidad. Pero ¿estas cualidades son verdaderamente de nuestra realidad actual?. Personalmente, creo que están muy lejos de serlo.

No me siento libre de contradicciones, y por ello he intentado la comprensión de mi individualidad masculina desde la evidente dicotomía hombre-persona. Pretendo sobrepasar las limitaciones de mi ser Masculino, para alcanzar mi ser Persona, en tanto ser Humano. Es precisamente aquí donde se pierde la diferenciación sexista, para llegar a una nueva integración. Aunque, siendo justo, creo no haberlo conseguido plenamente en todos los episodios de mi vida.

Intentando enfocar acertadamente la dicotomía anterior, el verdadero problema que enfrentamos es delimitar nuestra hombría, o lo que nos diferencia prontamente de una mujer. Y esto no es más que, por una parte, las características principales de la biología sexual de mi ser masculino, valga decir: la testosterona, lo físicamente genital. Por otra, el rol socialmente construido de este mandato socio-histórico concreto que nos ha tocado vivir a los hombres de este siglo XXI y que sin duda se diferencia muchísimo del que les tocó asumir a los que conquistaron (o usurparon) América. Rol distante también, sin ir muy lejos, al de nuestros queridos padres y abuelos... y que nos han ido legando sin malicia o con ella, con las costumbres, los dichos, los estilos y las sentencias del ser masculino.

Siendo aún muy pequeños, y sin conciencia cierta del porqué debemos actuar así, solemos dirimir cualquier conflicto entre varones a los golpes. ¿Será esto un impulso, un rasgo atávico de nuestra especie en sus albores evolutivos? Personalmente estimo que también aquí la herencia cultural suele ser quien ejerce el mandato “naturalizado” de lo comportamental. Más aún, como derivado del “conflicto bélico agresivo” parece deducirse que quien pegare primero o quien más pegare,

parecerá que lleva más razón. Probablemente alguna vez nos percatamos que esto no era así, no debía ser así. Pero nadie osaba discutir esta realidad porque a la vista saltaba que el victorioso se sentía y lo sentíamos más “macho”... Yo personalmente tenía miedo de pelear (reconozco que aún ahora me cuesta admitirlo). Me asustaban los puñetazos. Por lo que deseaba evitarlos. Sin embargo, con miedo y todo, más de las veces que cualquiera pueda pensar después de esta mi confesión me trencé en roscas en las que la adrenalina dejaba huellas y alguna que otra herida, más en el alma que en el cuerpo. Estaba firmemente convencido que así se era varón y me esforzaba por ser uno de los mejores ejemplares de la especie. Tal vez porque pensaba que así sería feliz, o al menos lograba camuflar el miedo tras una postura agresiva. Pero lo que jamás debía suceder era que los demás se percataran de mi poca “hombria” llamada temor. Como si la hombría pasara por allí necesariamente. Ocultamente ya asomaba la idea de que siendo más “macho” desde esta perspectiva tan limitada nos asegurábamos mejores “hembras” y esto, sin dudas, si que era atractivo.

Pero a su vez, en lo relacional positivo también nos fueron legando modos de ser varón en el colegio, en la forma de adornar nuestro cuerpo, en los colores, en los bailes, en el fútbol, en el sexo, donde es el macho sobrio el que tiene, domina y hace suya la iniciativa. Es el que invita, es el que paga, pues es el proveedor. Es el que decide para dónde se irá (en el mejor de los casos consulta, pero él decide). Él es de la última palabra. El dueño del poder y la distancia. No deseo excluir la caballerosidad de los comportamientos varoniles porque en ellos reconozco valores y atributos que enarbolo día a día.

Comencé a rebelarme al principio tímidamente y luego con firmeza, contra el mandato de que el hombre para serlo debe actuar de acuerdo a lo que siempre han hecho otros hombres-machos. No me acomodaba, no me servía, no me representaba. Y sin embargo mi ser varón era tan válido cuanto justo. Levanté la pancarta de la masculinidad que no desea seguir un curso de *cordero socialmente obediente*, que le agrada la iniciativa femenina y que reconoce que el poder debe ser participativo para que la

relación se establezca sobre la base del equilibrio armónico y atendiendo a la equidad de las personas (de dos géneros) que construyen equitativamente una sociedad con base en la armonía y no en el avasallamiento de un sexo en detrimento del otro supuestamente débil que termina *deconstruyendo* o derribando sus cimientos y fortalezas.

Pero faltaba mucho camino aún, por lo que sucedieron innumerables hechos similares a los ya señalados que me fueron conduciendo a un estilo de resolución de problemas *confrontacional* y agresivo. Me había convertido en un verdadero macho en plena adolescencia con una pujante fuerza hormonal dirigida al sexo opuesto, que comenzaba a ser más opuesto en tanto ellas rechazaban nuestra agresividad, aunque ocultamente creo la estimulaban, pues ese era el mandato del rol asignado en aquellos instantes.

En los últimos años de enseñanza básica y los primeros de enseñanza media, mi pequeño grupo de amigos contaba entre sus integrantes, a un jovencito debilucho (ahora lo rememoro pues en ese momento no era un conocimiento asumido) y de probables tendencias femeninas en sus conductas. Se trataba de un pequeño buen amigo, más bien pasivo. Siempre sonriente y dispuesto a colaborar con nosotros en lo que fuera necesario. Recuerdo que en cierta oportunidad, estando en con un grupo de amigos, algunos muchachos de cursos superiores nos preguntaron si nosotros éramos amigos del “homosexual ese” obviamente usando términos peyorativos. No comprendimos mucho al principio. De todas formas algo nos olió mal y aún sin vislumbrar el alcance de tal agresión, nos comenzamos a alejar paulatinamente de aquel buen muchacho pues, en lo más interno de nuestras individualidades, no deseábamos ser identificados en el mundo masculino incipiente con “tales” personas y mucho menos que nos asociaran a “mujercitas, débiles, frágiles, lloronas y preocupadas de banalidades”. Aún hoy me duele por nuestro amigo aquel abandono a sus ojos inexplicable. Debíamos ser varones con un rol del cual hoy solemos avergonzarnos por tantos desaciertos.

Por otra parte los acercamientos al opuesto femenino no estaban exentos de contradicciones que me llenaban de confusiones. Algunas exponentes más retrógradas del género, que eran con a menudo las representantes más hermosas físicamente, las conseguían los representantes más musculosos y proveedores de mi sexo. Los que contaban con más fuerza, poder y que sojuzgaban a los machos coetáneos, eran observados como “ganadores” y encima atraían a las más hermosas mujeres. Por supuesto que muchos deseábamos algunos de esos “atributos” y nos esforzábamos por conseguirlos. Nótese que de alguna manera aquellas representantes curvilíneas también eran portadoras de un asignado socio-histórico-cultural poderosísimo, con el mandato de que lo verdaderamente atractivo radica en lo masculino fuerte, proveedor y dueño del poder.

Este especial poder masculino se ejercía a través del deporte, de los juegos, de las manifestaciones estudiantiles del 68¹⁹, desde la política, hasta lo relacional afectivo e íntimo. Era un doble juego infernal (sigue siéndolo hoy entre los actuales jovencitos aunque afortunadamente los roles se han ido ajustando más y mejor) en donde quien osara salirse del círculo vicioso era inmediatamente absorbido por esta fuerza centrípeta contra la cual hay que luchar con mucha convicción y fuerza para lograr tomar distancias. Aún así siempre “tira” hacia su centro, por más que en la periferia nos intentemos instalar, ya que solemos ser demasiado dependientes de nuestra realidad, o como plantea Jorge Luis Ferrari (1999) vemos hombres que quieren una mujer liberada, pero que sea sumisa y vemos mujeres que quieren total independencia pero seguir siendo contenidas, cuando no mantenidas. Así continué resolviendo los conflictos de igual modo que antes.

Tardé muchos años de incomprendiones y desacuerdos, de rupturas y llantos, de gritos y desazón, para por fin percatarme que de la confusión estaba naciendo, insipientemente, una manera de ser hombre más cercana, empática y equilibrada que lo agresivo de una

lid. Otras mujeres esta vez y en oposición a otros hombres, me acercaban a una forma de ser varón no contenida en el rol arcaico depositado antes.

Era como asistir a la muerte y resurrección o a la reencarnación de otra persona mucho más masculina en el devenir personal-social, construyendo nuevos valores sobre las ruinas de los costos del rol anterior. La confusión siguió reinando pero la bruma se despejaba y comenzaba a sentir más cerca el tan anhelado escalón de lo masculino que me ha hecho sentir muy macho aún sin dar un golpe sobre la mesa con el puño cerrado o sin gritar mi verdad (que no siempre es “la” verdad) o sin posar de conquistador para al fin conquistar en serio con lo más puro de nuestro ser humano, de nuestro ser persona que es la mejor manera de ser hombre.

Sin dudas la genitalidad varonil me viene dada genéticamente, pero la Masculinidad como género es algo *aprendido* y este a su vez redimensiona o colorea magistralmente de múltiples matices el ser varón, *enriqueciendo* sus escasas tonalidades iniciales. De manera tal que el rol lograría ser enriquecido evitando que el individuo quede a merced *pasivamente* de lo asignado. En este sentido se impone la mediatización de lo asignado, asumiendo que la incorporación de los roles tiene lugar de manera más o menos flexible, siendo el individuo capaz de recrear o enriquecer el rol que le ha sido prescrito por la sociedad. Sobre esta base postulo que *los roles no son estáticos, sino que se encuentran en constante movimiento, cambio, adaptación y desarrollo*. Los roles se construyen, y por lo tanto se pueden deconstruir y volver a construir, modificarlos, cuantas veces sea necesario por el devenir social, para que no se anquilosen y detengan en vez de promover el desarrollo (Zicavo, 2001).

El concepto de género sexual, plantea Patricia Arés, es reconocerse y ser reconocido como mujer o varón y modelar una tipificación más o menos rígida. Dicho moldeamiento responde a necesidades de la sociedad en momentos históricos determinados y refleja relaciones de poder (Arés, 1996). Se forjan así ideales que son subjetivizados y que conforman el modelo deseado. Todo este proceso social resulta casi invisible ya que se “naturalizan” o

¹⁹ Hago referencia al movimiento estudiantil de Montevideo, Uruguay.

“esencializan” cualidades y actitudes como inherentes a la naturaleza y esencia del varón o de la mujer respectivamente.

Resulta fácilmente comprensible entonces que a los hombres no se nos haya permitido asumir la maravilla de cuidar a otras personas, se nos ha acostumbrado a la distancia. No nos han mostrado la magia de proporcionarnos el placer de los pequeños actos cotidianos como dar de comer a un bebé, jugar con los niños, cambiar pañales, adentrarnos en la creatividad de educar con amor, cuidar del orden y aseo del hogar... En aquellos pequeños actos florece la afectividad y la ternura del ser Papá con una identidad peculiarmente masculina. Pero de esta manera también el hombre se acerca a educar a otros hombres masculinos a ser varón de una forma novedosa y válida, de forma empática, cercana, tierna, viril y tal vez hasta seductora. De manera tal que sus hijos pensarán que para ser como el padre debe mantener elementos de gran cercanía emocional y equilibrio de género y tal vez así se rompa la cadena de reproducción patriarcal de los últimos siglos. Por su parte las niñas se podrán identificar con un rol activo y creador mucho más digno y justo que el que hoy se le asigna socialmente y no se limitarán a la comprensión de la vana necesidad de ser amada por un hombre fuerte, al cual será fiel y le “dará” hijos.

La promoción del cambio social debe poseer a la vanguardia, no solo la voluntad individual de la transformación creadora –por cierto imprescindible en esta tarea-, sino a su vez debe estar contenida por normas jurídicas, éticas y sociales porque son estas las que construyen lenguaje, construyen realidades y

regulan de manera diáfana las relaciones públicas y privadas de los géneros, además de incidir directamente en los medios de comunicación masiva, en las acciones individuales y en el comportamiento social de nuestra especie. Si nuestros políticos y juristas detubieran su mirada en este punto, la historia detendría su mirada en ellos con una trascendencia significativa.

En la búsqueda de roles más humanos, verdaderamente equitativos, en los cuales se mantengan desde las diferencias profundas a las sutiles entre los sexos y se refuerzen creativamente las semejanzas de los hombres y las mujeres, se irá encontrando el logro de una sociedad más solidaria y respetuosa de los derechos humanos en todos los sentidos, porque trascendentes son los derechos de ambos generos y jamás el poder de uno sobre la debilidad del otro.

La ciencia suele progresar en la medida que evoluciona a paradigmas que revolucionan los anteriores arcaicos.

Bibliografía

- Arés, M.P. 1996. *Hogar, dulce hogar. Mito o realidad*. Facultad de Psicología. Universidad de La Habana; Cuba.
- Fromm, E. 1985. *El arte de amar*. Ed. Paidós; Buenos Aires; Argentina.
- Ferrari, J. L. 1999. *Ser padres en el Tercer Milenio*. Ediciones del Canto Rodado. Mendoza, Argentina.
- Pichón-Riviere, E. 1985. *Teoría del Vínculo*. Ediciones Nueva Visión; Argentina.
- Zicavo N. S. 2001. *El nuevo rol Paternal en los jóvenes de la Universidad del Bio Bio, Chile*. Annales XIV UNED. Barbastro. España.